

XVI Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología. XXXI Jornadas de Investigación. XX Encuentro de Investigadores en Psicología del MERCOSUR. VI Encuentro de Investigación de Terapia Ocupacional. VI Encuentro de Musicoterapia. Facultad de Psicología - Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires, 2024.

Entramados fantasmáticos de la mirada y lo visual.

Quiroga, Oscar Alberto.

Cita:

Quiroga, Oscar Alberto (2024). *Entramados fantasmáticos de la mirada y lo visual*. XVI Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología. XXXI Jornadas de Investigación. XX Encuentro de Investigadores en Psicología del MERCOSUR. VI Encuentro de Investigación de Terapia Ocupacional. VI Encuentro de Musicoterapia. Facultad de Psicología - Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-048/13>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/evo3/GZy>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

ENTRAMADOS FANTASMÁTICOS DE LA MIRADA Y LO VISUAL

Quiroga, Oscar Alberto
Universidad de Buenos Aires. Buenos Aires, Argentina.

RESUMEN

La idea central de este trabajo es interrogar la discrepancia entre lo visual y lo escópico tal como Lacan la elabora entre sus seminarios 10 y 11. Esta conceptualización nos resulta relevante por su valor clínico, por cuanto entendemos que la distancia que establece entre lo visual y lo escópico no sólo da cuenta de la constitución del campo fantasmático en el sujeto, sino que pone en valor el concepto de objeto a como real. A partir de ello Lacan interroga la estructura propia del fantasma a partir de dos modalidades del campo: el espejo y el cuadro. Lo que pone en tensión al objeto a partir de la diferencia entre la imagen en el espejo a diferencia del objeto en lo que tiene de real.

Palabras clave

Mirada - Visión - Espejo - Cuadro fantasma

ABSTRACT

PHANTOM FRAMEWORKS OF THE GAZE AND THE VISUAL

The central idea of this work is to interrogate the discrepancy between the visual and the scopic as Lacan elaborates it between his seminars 10 and 11. This conceptualization is relevant to us due to its clinical value, since we understand that the distance established between the visual and the scopic not only accounts for the constitution of the phantasmatic field in the subject, but also values the concept of the object as real. From this Lacan interrogates the structure of the fantasy from two modalities of the field: the mirror and the painting. What puts the object in tension from the difference between the image in the mirror as opposed to the object in what is real.

Keywords

Look - Vision - Mirror - Phantom picture

La idea central de este trabajo es interrogar la discrepancia entre lo visual y lo escópico tal como Lacan la elabora en su seminario 11. Para ello haremos foco en tres clases en particular, las 6, 7 y 8 de dicho seminario. Esta conceptualización nos resulta relevante por su valor clínico, por cuanto entendemos que la distancia que establece entre lo visual y lo escópico no sólo da cuenta de la constitución del campo fantasmático en el sujeto, sino que pone en valor el concepto de objeto a como real.

El seminario *Los cuatro conceptos...* prácticamente da inicio con una definición topológica de la cadena significativa que tiene

no pocas resonancias con el “collar de anillos...” de *La instancia de la letra en el inconsciente o la razón desde Freud* (1991a: 481). En el seminario 11 habla de la cadena como una red, y la lleva al nivel de una estructura sincrónica, la cual incluye, además, sus puntos inerciales. Dos dimensiones se ponen entonces en juego:

- A nivel de la red se trata de una sintaxis, en la cual podemos situar lo capaz de palabra, o sea lo que se articula.
- Del lado de los puntos inerciales, en cambio, se juega algo cercano al núcleo patógeno freudiano. O sea, una fijeza, un punto de detención, con independencia de lo que de ello pudiera eventualmente metaforizarse.

Con lo cual separa dos campos. Lo articulado, que oficia de sostén; y lo inasimilable, por intramitable. Si bien será posible instaurar anudamientos contingentes entre ambos, es cierto que se trata de registros distintos. Sumariamente podemos decir que es la distancia que se juega entre lo simbólico y lo real, y es la ocasión para poder delimitar aquello que resiste al discurso, algo de un orden totalmente diferente que la resistencia “subjetiva”, contra la cual Lacan discute casi desde el principio de su enseñanza.

Uno de los valores clínicos que podemos atribuir a este planteo es que acarrea una interrogación sobre el despertar. No sólo aquel que se produce en el paso del sueño a la vigilia; sino también el que pudiera habilitarse en el sujeto a partir de un trabajo de análisis. Si lo simbólico aquí está hecho para dormir en el sentido del automaton; lo real queda más ligado a la “identidad de percepción” (1991b: 76), o sea algo que, de atisbarse, sólo podría ser accesible en la temporalidad de un relámpago, habilitando el despertar. Esta identidad, que pudiera interrogarnos en su naturaleza, es del registro de lo idéntico a sí mismo, pero en el sentido de que el significante no lo alcanza, por ende, no queda negativizado, y el equívoco no toma lugar allí. Se trata de: “La realidad que determina el despertar” (Lacan, 1991b: 76)

Es esta una frase cuanto menos enigmática, y ciertamente equívoca dado que el sentido se escabulle en cuanto a si la “realidad” en cuestión es causa o consecuencia. Proponemos pensarlo como la puesta en juego de un borde, aquel que es consustancial al valor causal de la hiancia, por lo que ésta abre. Algunos interrogantes acerca de este borde: ¿habría algo, en lo que despierta, que pudiera calificarse de realidad?; ¿o el efecto de realidad

es la consecuencia, como efecto subjetivo, del despertar?

Nos parece que en cualquier caso no podemos eliminar el equívoco, y por varios motivos. Primero, porque lo que despierta rompe una trama, la cual implica el bastidor que da el nudo de lo simbólico y lo imaginario; en segundo lugar, porque ese real que despierta no es uno puro; finalmente, porque acaecido el despertar el sujeto lo elabora por el semblante. Todo esto viene a justificar que Lacan se interrogue sobre el vínculo entre transferencia y repetición, dice:

“El aspecto cerrado de la relación entre el accidente, que se repite, y el sentido velado, que es la verdadera realidad y nos lleva hacia la pulsión, nos proporciona justamente la certeza de que la desmitificación de ese artificio del tratamiento que se llama la transferencia no consiste en reducirla a la llamada actualidad de la situación. La dirección señalada por esta reducción a la actualidad de la sesión, o de la serie de sesiones, no tiene siquiera un valor propedéutico. El concepto exacto de la repetición ha de obtenerse en otra dirección que no podemos confundir con el conjunto de los efectos de transferencia. Cuando abordemos la función de la transferencia, nuestro problema será el de saber cómo la transferencia puede llevarnos al meollo de la repetición.” (1991b: 77)

Nos parece que se trata de un planteo netamente clínico, por cuanto se interroga el nudo entre lo real y el semblante, pero destacando que de él puede haber precipitaciones. Se trata de volver a remarcar la distancia entre la transferencia y la repetición, entendiendo a esta última como algo actual, tanto en el sentido freudiano, por lo económico, como de lo que se actualiza en la transferencia. Al igual que antes situamos el nudo entre lo articulable y lo inasimilable, ahora se trata de un anudamiento y una esquizia.

Es una vuelta de tuerca sobre la división del sujeto. Esta esquizia es, como división, un efecto sobre el sujeto; pero además es un desfasaje, una disrupción que conlleva una irrupción. Testimonio de un salto, vocablo que tiene resonancias cantorianas y se asocia al límite o mejor al borde de lo posible de saber. Se trata de algo que nunca llega en un “buen momento”, porque no es anticipable, y porque remite a una discordancia corporal, la cual constituye ese meollo de la repetición a la cual la transferencia debiera llevar.

Esta irrupción rompe la ilusión de totalidad que aporta el espejo, cuestión que nos va acercando a la distancia entre lo visual y lo escópico. Incluso su presentificación conlleva un tiempo en el sujeto, aquel que es necesario para volver a reestablecer ciertos lazos, aquellos de la realidad que son solidarios de un cierto dormir.

Hay por un lado lo que pudiera llamarse una esquizia subjetiva, incluso fenoménica, la cual es la manifestación clínica de una esquizia que opera a nivel sincrónico: es la que se da entre el ojo y la mirada. Se trata de una disparidad que ya había sido considerada por Lacan en su seminario *La angustia* respecto

de la desemejanza entre el espejo y el cuadro, también entre lo visible y lo invisible.

Son distintos eslabones en un trazado que a Lacan le lleva años ir deslindando. En primer término, a nivel, por ejemplo, del esquema R, puede situar al ternario edípico: R, S e I, que tiene como correlato imaginario al -? como operador que viabiliza deslindar lo posible de investir y representar. O sea que ese primer momento indica que el plafond edípico da la lógica de como lo simbólico y lo imaginario se anudan en el sujeto, con la consecuente instalación de un campo que, posteriormente, Lacan denominará semblante, en el sentido de lo que no sólo vela, sino también viste.

Pero en un momento lógicamente posterior, primero vía el ?, y luego el objeto a como real, empieza a tomar lugar aquello que resta a ese anudamiento. Este le hará posible, en *Los cuatro conceptos...* situar cierta preexistencia de la pulsión respecto de la constitución del campo de lo especular. Del lado de la primera se emplaza la función constituyente de la mirada; del segundo en cambio, se sitúa lo que es propio de lo geométrico, o sea lo especular y el ojo. Un planteo muy interesante al respecto encontramos en el escrito *De nuestros antecedentes*:

“El estadio del espejo da la regla de la repartición entre lo imaginario y lo simbólico...” (Lacan, 1991c: 63)

Y poco después:

“Lo que se manipula en el triunfo del hecho de asumir la imagen del cuerpo en el espejo, es ese objeto evanescente entre todos por no aparecer sino al margen: el intercambio de las miradas, manifiesto en el hecho de que el niño se vuelva hacia aquel que de alguna manera lo asiste, aunque sólo fuese por asistir a su juego.” (1991c: 64)

O sea que el campo del espejo, solidario de lo especular, con la ilusión de unificación que le aporta al niño, se constituye en la medida en que la mirada queda extraída, recortada, eso que Lacan resalta con el término evanescente. Entendemos que esto es vuelto a abordar en el seminario 11 a partir del término esquizia. El abordaje del cogito cartesiano le hace posible a Lacan establecer la distancia entre el sujeto pensándose, el sujeto pensante y el sujeto pensado... por el significante. Este primer momento consiste en una elaboración que va precisando el estatuto de la heteronomía que afecta al sujeto en su existencia. A partir de lo cual Lacan podrá situar lo que denomina la acefalía del significante, respecto del cual el sujeto es un efecto. La cuestión es de qué modo podría considerarse esta situación en relación con la pulsión. Queremos decir que se trata de una interrogación acerca de si el sujeto queda sólo dividido por el significante, o si la pulsión, también acéfala, igualmente lo divide. Entendemos que por estos interrogantes es que Lacan se embarca en poder delimitar lo real de la división del sujeto.

Si del lado del significante el sujeto es pensado; del lado de la pulsión, en su enraizamiento fantasmático, el sujeto se sitúa

respecto de un “me veo verme”. Incluso el propio Lacan destaca cierta “correlación” entre ambos planteos con relación a aquello que a un sujeto lo divide. Pero más allá de la correlación aludida es la disyunción lo que Lacan remarca, y sobre lo que queremos detenernos.

En el punto en el cual el sujeto se asoma a ese “me veo verme” se pone en juego una disyunción que queda velada por el funcionamiento del fantasma. Esta disyuntiva cobra potencia con relación a los interrogantes que propone: ¿cuál es el lugar del sujeto?, ¿es el que ve o el que es visto?, dice:

“...*me caliente al calentarme* es una referencia al cuerpo como cuerpo; esa sensación de calor que, a partir de un punto cualquiera en mí, se difunde y me localiza como cuerpo. En el *me veo verme*, en cambio, no es palpable que yo sea, de manera análoga, invadido por la visión.

Aún más, los fenomenólogos han podido articular con precisión, y de la manera más desconcertante, que está clarísimo que veo *afuera*, que la percepción no está en mí, que está en los objetos que capta. Y sin embargo, capto el mundo en una percepción que parece pertenecer a la inmanencia del *me veo verme*. El privilegio del sujeto parece establecerse con esta relación reflexiva bipolar, por la cual, en la medida en que yo percibo, mis representaciones me pertenecen.” (las cursivas son del original) (Lacan, 1991b: 88)

Nos parece un párrafo potente por cuanto enlaza muchas de las cuestiones que son centrales en ese nudo fantasmático entre la mirada y lo visual. En primer término, destacamos que se pone en forma un problema espacial, el cual, y necesariamente, será abordado desde una dimensión topológica por cuanto las coordenadas espaciales euclidianas resultan insuficientes. Y ello debido a que Lacan está planteando que la representación “interioriza”, diríamos, un mundo “externo”, pero no como compartimentos estancos, sino que los entendemos en continuidad casi al modo de la estructura de la banda de Möbius. La continuidad del texto entendemos que corrobora esta perspectiva por cuanto encontramos a Lacan refiriendo a lo “tético” (1991b: 89), y consideramos que se trata para él de interrogar la posibilidad de un inicio, o sea un corte que funda, forja un campo. El funcionamiento del fantasma vela este corte que es condición de su construcción y que es aquel que hace posible constituir la estructura a partir del corte que produce la extracción de la mirada. Queremos decir que sin el corte que extrae a la mirada el campo visual no se instituiría; a la vez, este último, ya establecido, hace de velo a la posición de la mirada. Por lo cual Lacan podrá afirmar que el fantasma muestra para velar el punto desde el cual el sujeto es mirado.

Lo visual, el espejo, aún lo geométrico plasman un campo de lo ilusorio, ese “verse verse”, que esconde a la mirada, la cual sólo será accesible a partir de una torsión. Del lado de lo esópico, en cambio, se trata de algo que produce un anonadamiento del lado del sujeto que Lacan homologa a una “reducción del

sujeto”, no sólo un modo de la división, sino también un quedar reducido una posición de objeto.

La mirada, en este sentido, se define en oposición a la conciencia la cual, asociada a lo perceptivo cobra la forma de lo visual. No podemos, respecto de esto, dejar de hacer mención de esa definición de la conciencia que lo lleva a Lacan a abordarla a través de este ejemplo: el fenómeno de la conciencia se homologa al reflejo de una montaña en un lago, no que alguien perciba eso, en posición de agente, sino que eso percibe, y de allí el reflejarse. Dos cuestiones que destacar: nuevamente la aparición de la acefalía; además, la referencia a lo reflexivo en el párrafo antes citado.

El “verse verse” permite la ilusión de lo que se representa, una imagen como modo de la consistencia, de la corporal. La mirada, en cambio, aparece como su envés, cuestión que plasma el estatuto topológico del nudo entre lo visual y la mirada, a la par que anticipa, en su resonancia, a las elaboraciones de Lacan sobre los discursos a la altura de su seminario 17. Como envés la mirada participa de lo evanescente, y Lacan destaca que no se trata allí de lo escotomizado, sino de una esquiza:

“Aquí es donde yo afirmo que el interés del sujeto por su propia esquiza está ligado a lo que la determina- a saber, un objeto privilegiado, surgido de alguna separación primitiva, de alguna automutilación inducida por la aproximación misma de lo real, que en nuestra álgebra se llama objeto a.” (Lacan 1991b: 90)

Por un lado, se vuelve patente ese corte al que antes aludimos y que es condición de la constitución de la superficie; además, esta esquiza viene a indicar que el sujeto queda rayado por el objeto, o sea que no está solamente dividido por la preexistencia del significante. De allí entonces que se le haga necesaria la delimitación de lo real de la división; a la par que se requiere de un cierto estatuto del objeto que sea correlativo a la subversión del sujeto. Entendemos que esto es, en gran medida, lo que trabaja en su seminario 13.

Si lo visual pone en acto una consistencia y la mirada se instituye en su evanescencia, entonces el funcionamiento de la mirada casi equivale al fading del sujeto, pero más allá del automatón del significante. Entonces la mirada se torna inapresable, por lo esquiva, lo que justifica eso que antes citamos: hay una disyunción entre el lugar donde ve, y es visto, respecto del punto desde donde es mirado. Y la función del fantasma es velar tal disyunción.

Dada su evanescencia, ¿es posible imaginar la mirada? (y lo mismo podríamos preguntarnos respecto de la voz). Entendemos que no es posible de imaginar, aunque si de imaginarizar a través de los brillos ilusorios del espejo. Sin embargo, es claro que a la mirada se la puede corporizar, o sea darle cuerpo. Entendemos que eso es lo que se produce cuando el sujeto la capta, si cabe la expresión, en un efecto/afecto que lo divide: le vergüenza, y aún el pudor, y no entramos en detalle respecto de

la distancia entre estos términos. Ahora bien, si la mirada hace patente uno de esos modos del objeto a como real, éste sólo es captable en sus anudamientos con los otros registros, o sea que no hay manera de acceder a un real puro, si se quiere. Ya plantear esa corporeización a través de la vergüenza o el pudor (más allá de sus diferencias) ya implica una metaforización, la de una Otredad mucho más radical, una presencia que está elidida y que tiene, para nosotros una resonancia a esa inquietud que suscita lo facetado, tal como Lacan lo introduce en su seminario *La identificación*. Si se juega esa Otredad aludida es porque la mirada toma lugar en esa relación de deseo que instituye al sujeto en su posición:

“Este privilegio de la mirada en la función del deseo lo podemos discernir colándonos, valga la expresión, por las vetas que recorrió la visión para ser integrada al campo del deseo.

No en balde, en la misma época en que la meditación cartesiana inaugura en su pureza la función del sujeto, se desarrolla una dimensión de la óptica que, para distinguirla, llamaré geométrica.” (1991b: 92)

Entendemos que se trata de ese momento bisagra, crucial por el cual el surgimiento de la modernidad, planteo cartesiano mediante, se produce en paralelo a una elaboración de la geometría que habilita pensar un espacio más allá de los límites del marco del espejo. Es esa especie de tándem que componen los trabajos de Descartes y Desargues y que nos lleva a resaltar que el sujeto del inconsciente, que es el sujeto de la ciencia, que es el sujeto cartesiano, es la resultante de un vaciamiento y que acarrea la necesidad de una reformulación del estatuto del espacio. Sin lo cual la diferencia entre lo visual y lo escópico no se vuelve efectiva.

Será Erwin Panofsky en su exquisito libro *La perspectiva como forma simbólica* quien ponga en valor las consecuencias de los planteos de Descartes y Desargues. Se forja el camino que habilita el valor simbólico de la perspectiva, cuestión que hará posible diferenciar al espacio euclidiano del espacio proyectivo. Si del lado del primero dejamos lo geométrico, o sea el espejo con el aplanamiento que conlleva y por ende a lo visual: del lado del espacio proyectivo se nos hace posible interrogar al punto de fuga o punto de perspectiva más allá de los límites del espejo, y de allí ese concepto central que es el de punto impropio. Es el movimiento que hace posible pasar de la imagen a un momento anterior, condición de su producción: sin punto de fuga la imagen no se plasma.

Para ir concluyendo tomemos apoyo en una pregunta que entendemos se desprende de lo que Lacan plantea al inicio del capítulo 8 del seminario 11: ¿qué es un órgano?

Allí lo aborda e incluso ejemplifica a través de algunos modos del objeto a, pero para subrayar que se juega a nivel del objeto, en el hablante, una disyunción entre el objeto y su imagen. Se trata de una distancia que pone en juego el valor y la función del fantasma, como pantalla, y por ende como superficie.

En el vínculo entre el objeto y la imagen no se trata de un problema de “realismo”, sino de posibilidad o no de representación, o sea de lo que es capaz de representabilidad. O sea, aquello que pueda o no ser alcanzado por lo imaginario, cuestión, no menor, que requiere previamente su negativización. Una digresión: el término realismo surge en Lacan, en distintos contextos, a través de una controversia medieval sobre el concepto de universal, es la disputa entre el “nominalismo de lo real” y el “realismo del nombre”. Entendemos que finalmente Lacan, en uno de sus últimos seminarios se inclinará por lo último, precisamente porque conlleva un corte que acarrea una pérdida y que Lacan entrama en la operación de lo que llama nominación. Sólo lo traemos a colación por la función del corte antes aludida, a lo que ahora le sumamos la pérdida, o sea que el paso del objeto a la imagen conlleva dicha pérdida.

Volviendo al fantasma, y a lo visual que le es correlativo, es el campo geométrico donde el sujeto queda capturado, en una trampa. Pero el valor de dicha trampa es que da la estructura de la relación de deseo. Como lo retoma Diana Rabinovich en su libro *La angustia y el deseo del Otro*, no hay posibilidad de que el sujeto “entre” (como un tomar lugar) en una relación de deseo con el deseo del Otro si lo imaginario no media de algún modo. Con lo cual el fantasma es el marco donde toma lugar esa posición del sujeto, como respuesta al deseo del Otro y que se sostiene de un ropaje que hace de señuelo a ese deseo, para cautivarlo e ilusionarlo. Lo atrapa, pero sosteniendo su enigma. Con lo imaginario se constituye una respuesta ilusoria que no elimina la pregunta por el deseo, ¿che vuoi?, sino que intenta de alguna manera anticiparla. O sea que con lo imaginario se fija, se establece un anclaje donde el sujeto puede hacer pie frente al deseo del Otro. Pero más allá de esta pantalla el deseo queda asociado a esa radicalidad aludida, una Otredad radical que se asocia a la función de la mirada.

BIBLIOGRAFÍA

- Lacan, J. La instancia de la letra en el inconsciente o la razón desde Freud (1957). En Escritos 1. Siglo XXI. Buenos Aires. 1991a.
- Lacan, J. El seminario, libro 9: La identificación (1961-62). Inédito.
- Lacan, J. El seminario, libro 10: La angustia (1962-63). Paidós. Buenos Aires. 2006.
- Lacan, J. El seminario, libro 11: Los cuatro conceptos fundamentales del Psicoanálisis (1964). Paidós. Buenos Aires. 1991b.
- Lacan, J. De nuestros antecedentes (1966). En Escritos 1. Siglo XXI. Buenos Aires. 1991c.
- Lacan, J. El seminario, libro 17: El reverso del psicoanálisis (1969-70). Paidós. Buenos Aires. 1992.
- Panofsky, E. La perspectiva como forma simbólica. Tusquets Editores. Barcelona. 1991
- Rabinovich, D. La angustia y el deseo del Otro. Manantial. Buenos Aires. 1993.